

EL ESPEJO DE TINTA •

CARLOS GARCIA VALVERDE
(León, 1958)



Su vida profesional ha transcurrido entre el mundo financiero, el literario y el del diseño gráfico. A finales de los 80 comenzó a recoger los frutos de su afición literaria en forma de premios hasta completar, hasta la fecha, una cincuentena de galardones, siempre dentro de la modalidad de cuento o relato corto. En 2008 vio la luz un compendio de relatos agrupados bajo el título *La hierba bajo la nieve* al que siguieron con la misma estructura, *Retratos inmorales* (2014) y *Cuentos de Semana Santa* (2017)

El milagro de San Federico (VII)



FERMÍN MUÑOZ. Miembros de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT), participa en muchas de las actividades que organiza la agrupación

VIII

La siguiente fecha marcada para volver a inducir al santo patrón a abandonar su terca abstinencia era el día quince de Agosto, festividad de la Asunción. Para entonces, tanto Cecilio como el párroco se habían encargado de poner en circulación una serie de rumores que preconizaban la inminente avenencia de San Federico a catar por fin la sangre de Cristo. El carpintero, de condición harto fantasmal, contaba sin rubor alguno a todo el que quisiera escucharle cómo una noche de luna llena, la silueta fantasmal de la cigüeña de la torre hundida había surgido de las profundidades del pantano en busca de alimento para su progenie ahogada, regresando poco antes del orto con un cáliz en el pico y zambulléndose con él en las negras aguas. Por su parte, el cura, cuya imaginación no le andaba a la zaga, aseguraba vehementemente que, estando

en oración una tarde frente al santo, éste había extendido su brazo derecho en dirección a la vinajera del altar. Tanto uno como otro portento fueron inconfundiblemente identificados como evidentes signos celestiales que auguraban que San Federico iba por fin a acceder a la libación, en la próxima ocasión en que le fuera ofrecida. Con todo esto, el día señalado para revivir el milagro, la austera iglesia de La Chepa se hallaba de bote en bote. Entre la expectación general, llegó al fin el momento del esperado ceremonial. Solemnemente, en cura vertió en el grial una copiosa porción de vino y, con paso despacioso y grave, se dirigió a la hornacina del patrono. Una vez allí, subido en un pequeño escal, acercó la copa a los labios del santo...

Y San Federico bebió. Y bebió hasta hartarse. Cuando el presbítero, triunfante, se volvió al público e invirtió el cáliz con ademanes ostentosos para demostrar su vacuidad, se desencadenó

una serie de escenas dignas de la mejor aparición mariana: por doquier se multiplicaban los desmayos, los éxtasis, las lágrimas, los golpes de pecho. Hasta los más descreídos se hacían cruces en el sentido más literal de la palabra- aturridos por lo inexplicable del hecho que acababan de presenciar.

Pero entonces sucedió algo inesperado. El párroco, henchido de satisfacción, se giró hacia San Federico para agradecer la maravilla, y entonces descubrió asombrado que, de entre los pies del santo, estaba fluyendo un líquido que, rebasando la peana, comenzaba ya a gotear sobre el suelo. Cecilio, desde el primer escaño, lo comprendió enseguida: no habían tenido en cuenta la porosidad de la madera, y ésta se revelaba incapaz de contener el vino vertido en el interior de la talla, filtrándolo al exterior. Percatados a su vez del imprevisto, los parroquianos cesaron en sus místicos aspavientos sin asimilar del todo la nueva situación. Un silen-

cio sepulcral sustituyó de pronto a la algarada anterior. Finalmente, Delfín, un octogenario de Cornales, se levantó trabajosamente de su asiento y, señalando a la estatua, exclamó:

-¡Se ha "meao", el santo se ha "meao"!

De todos era conocida la incontinenencia que sufría el anciano desde hacía años, de manera que su aseveración fue inmediatamente tomada como el dictamen de una autoridad en la materia. Desde luego, si los asistentes estaban dispuestos a aceptar que una figura de madera pudiera beber, en buena lógica debían asimismo asumir que también habría de orinar. O sea, que si tenía estómago, también podría tener vejiga. Obvio es decir que la repercusión del nuevo portento superó con creces la alcanzada en su momento por la milagrosa libación, si bien en esta ocasión la posible vertiente ascética del nuevo milagro quedó claramente eclipsada por la interpretación jocosa que de él hizo el popula-

cho en general, y en particular, los habitantes de Cornales, que veían así cómo su Cristo recuperaba el protagonismo perdido. Se tildaba a San Federico como "el santo meón" y se sugería cambiarle el báculo episcopal por un bacín. Llegada la noticia al Obispado, enseguida se tomaron medidas para abortar tal desbarajuste de prodigios. Una cosa era certificar e incluso auspiciar que la imagería sacra a su cargo remedara algunas capacidades humanas más sublimes, como sangrar o llorar, y otra muy distinta consentir que las efigies se pusieran a mear o cagar, así que rápidamente se nombró una comisión de expertos que partió sin demora hacia La Chepa a fin de esclarecer los hechos. La iglesiuca fue precintada para evitar a los curiosos y ni que decir tiene que el ardid del carpintero y el sacerdote fue prontamente descubierto y hecho público con el objeto de atajar sin más dilación aquella especie de "sublevación moral" que había surgido en la zona. El sacerdote fue trasladado, como medida disciplinaria, a un remoto pueblo de Las Hurdes, donde languideció durante algunos años hasta que decidió colgar los hábitos; en cuanto a Cecilio, fue apartado fulminantemente de su cargo de alcalde pedáneo y, contando con estas medidas y con el paso siempre reparador del tiempo, el asunto acabó por olvidarse.

Epílogo

Cecilio se halla sentado al borde del pantano. La luna llena riela sobre las tranquilas aguas. A raíz de los sucesos acaecidos en la iglesia y el posterior devenir de los acontecimientos, a sus paisanos les ha dado por encargar sus trabajos de carpintería a su colega del vecino Cornales, de modo y manera que el ex-alcalde dispone de mucho tiempo libre.

Es frecuente verle, como hoy, sentado en la orilla del embalse, fumándose un pitillo con la mirada perdida en el horizonte.

De pronto, una cigüeña negra emerge del agua, rompiendo la tersura húmeda de la superficie y levantándose, se dirige a su casa con paso cansino, pensando que al día siguiente tendría que dejarse caer por la iglesia de Cornales. A ver si se le quita de una vez ese dichoso dolor de muelas.

El espejo de tinta

El fragmento de hoy forma parte del relato que obtuvo el segundo premio del certamen Miguel Artigas, de Monreal del Campo, en el año 2017. La imagen que lo ilustra pertenece a un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense.